

UNA NUEVA EDICIÓN DE LA  
«PARTE PRIMERA DE LA CRÓNICA  
DEL PERÚ», DE PEDRO CIEZA

GUILLERMO SERÉS

*Universitat Autònoma de Barcelona*

Guillermo.Seres@uab.cat

CITA RECOMENDADA: Guillermo Serés, «Una nueva edición de la *Parte primera de la Crónica del Perú*, de Pedro Cieza», *Nuevas de Indias. Anuario del CEAC*, IX (2024), pp. 244-254.

DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/nueind.146>

Recepción: 8 de diciembre de 2025 / Aceptación: 8 de diciembre de 2025

Pedro Cieza, *Parte primera de la Crónica del Perú*, eds. Ignacio Arellano, Mercedes Serna y Martina Vinatea, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert (Biblioteca Indiana, 57), 2025, 541 páginas. ISBN 978-84-9192-540-8

Esta excelente edición del que fue considerado príncipe de los cronistas del Perú ha sido culminada por tres grandes especialistas en la literatura colonial y del Siglo de Oro. Han redactado una útil introducción de setenta páginas, que consta, en su capítulo 1, de una pormenorizada biografía del cronista de Llerena (pp. 7-12), donde recogen las escasas noticias ajenas de su vida, pues la mayor parte las aporta él mismo, aunque con bastantes imprecisiones, incluida la fecha de su nacimiento (1518-1520). Recuerda Cieza en el «Proemio» de su crónica que llegó muy joven a América, sobre los 13 años, en concreto a Cartagena de Tierra Firme. La enceta, no obstante, desde la actual Panamá, porque

de allí salieron los capitanes que fueron a descubrir el Perú, y «en 1535, siguiendo sus propios escritos, se encuentra en la provincia de Cartagena de Indias, Nueva Granada, donde pasará doce años, en las tierras actuales de Colombia y Ecuador» (p. 10). En plena guerra civil, se unirá al ejército de Belalcázar contra Gonzalo Pizarro (a las órdenes de Alonso de Cáceres y Jorge de Robledo) y simultaneará este oficio militar con el de cronista de Indias, cuyo nombramiento le otorgó La Gasca. A fin de documentarse para su ambiciosa obra, en 1549 siguió por el Collao y lo vemos en Cuzco, al año siguiente, escuchando «a Cayu Tupac Yupanqui, descendiente de Huayna Cápac, y a los nobles orejones, capitanes, cortesanos y otros informantes acerca de los incas y la historia del Perú, hasta entonces desconocida» (p. 10). Vuelve a Castilla en 1550, y remata su crónica, además de invertir la fortuna amasada en las Indias con su tercera ocupación: las actividades mercantiles. Desde su vuelta a España, sin embargo, pocas noticias biográficas nos han llegado. Se sabe que a finales de 1551 o principios de 1552 fue a Toledo, a presentar su libro al príncipe Felipe. La *Crónica del Perú* apareció en Sevilla (marzo de 1553), en casa de Martín de Montesdeoca; las demás obras quedaron inéditas. Aunque su vida fue corta, su obra es relativamente larga: cuatro libros y el último, a su vez, contiene cinco libros más, agrupados en partes: Primera parte: *Crónica del Perú*; Segunda parte: *Señorío de los Incas*; Tercera parte: *Descubrimiento y conquista del Perú*. La Cuarta parte (*Las guerras civiles del Perú*) la planificó en cinco libros: *Guerra de las Salinas*; *Guerra de Chupas*; *Guerra de Quito*; y los dos últimos, que no nos han llegado y que no sabemos si llegó a escribirlos: *Guerra de Huarina* y *Guerra de Jaquijaguana*; añádanse los dos comentarios finales. Con todo, «la primera parte se iba a llamar *Libro de las fundaciones* o también *Historia de la tierra del Perú*; al final, *Crónica del Perú* fue el título que se impuso para toda su obra, tal como el autor explica en el *Proemio* de la primera parte» (p. 13), donde especifica aquella división.

A partir del capítulo 2 de la Introducción («La *Crónica del Perú*», pp. 12-27) figura el documentado estudio de la crónica en sí, que los editores subdividen en cuatro secciones: argumento e itinerario de la crónica (pp. 15-23), fuentes (pp. 23-26), la presencia del soldado Cieza en la obra (pp. 26-27) y finalidad u objetivo de la crónica. Tienen, además, la genti-

leza de contextualizarla, señalando que las crónicas de «Cieza, Betanzos, Sarmiento o Molina forman el núcleo de la versión cuzqueña de la historia de los incas» (p. 12). Con Pease, distinguen dos ciclos: «el primero se inicia con la relación denominada Sámano-Jerez y continúa hasta los años cincuenta del siglo XVI. En esta etapa, el tema fundamental es la invasión y la colonización inicial que incluyen el relato de las diferentes expediciones y la fundación de las ciudades. En este primer ciclo, el hombre andino aparece como un personaje relativamente secundario y fugaz. El segundo ciclo tiene definitivamente una actitud diferente, ya que busca indagar en la memoria de la población andina» (p. 12), que adquiere un protagonismo que se proyectará en las sucesivas crónicas. La aquí editada, aunque redactada entre 1541 y 1551, «recoge, no obstante, características de los dos ciclos que propone Pease. Por un lado, tiene en común con los cronistas del primer ciclo el hecho de que un tema principal es el de la fundación de ciudades; por el otro, el autor se adentra no solo en la geografía, sino también en la historia de la población andina» (p. 14), es decir, aporta noticias sobre la naturaleza y geografía, subraya la capacidad agrícola de la tierra y su potencial económico y mercantil, sin descuidar los aspectos etnográficos y morales de sus primeros pobladores. «En este sentido, Cieza es un naturalista, al modo de Gonzalo Fernández de Oviedo en el *Sumario* (1526), y un humanista interesado por narrar los orígenes y las costumbres de los indios, al modo de José de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias*» (p. 14). Apuntan que el itinerario de la crónica –que coincide sumariamente con el argumento y la fábula– es lineal y unitario, «pero hay muchísimas digresiones, interrupciones y cambios temporales, cuando no errores de memoria del autor. Cieza, al tiempo que va recordando los sucesos que vivió y los lugares por los que pasó en ese momento, se retrotrae al pasado histórico de cada uno de esos sitios, y anota, también, la historia de esos territorios que se redescubrirán y retomarán» (p. 15). Además del ejercicio de analepsis, la justificada topotelia, o sea, la descripción de lugares simbólicos o de un relieve significativo; «por ejemplo, comienza a hablar de Panamá, aunque él entrara por Cartagena de Indias, por la importancia que tuvo este reino en la conquista americana» (p. 15). Como señala Millones «su relato es sobre todo una construcción a posteriori de un itinerario narra-

tivo al servicio de una presentación geográfica y simbólica del paisaje del reino». Como es el caso de la exhumación y expolio de las sepulturas de Cenú, en 1535, que relata amargamente en el capítulo LXII, constatando el impío rito de enterrar junto con los difuntos «todas las cosas preciadas que ellos tenían, y algunas de sus mujeres, las más hermosas y queridas dellos» (p. 343). Nunca descuida estos detalles, que son lo que prestan inmediatez y verosimilitud al relato, cuyo objetivo principal, como lo fue de Fernández de Oviedo, es analizar, estudiar «y clasificar, como un científico o biólogo, la riqueza vegetal, mineral o animal, así como la grandiosidad de las nuevas tierras. Al mismo tiempo, cuando trata la historia moral, informa sobre el tipo de gobierno que existe en cada uno de estos territorios y anota el nombre del cacique de cada lugar» (p. 17). Análogamente, delimita con precisión los límites de las regiones, nombra a los respectivos fundadores, descubridores y gobernadores, así como las fechas de población y «fundación de ciudades, que es uno de los objetivos de su escritura» (p. 19). Dedican un buen apartado a las fuentes, a pesar de que Cieza no suele traer citas eruditas; sí, en cambio, recuerda a Ptolomeo, Virgilio u Ovidio; también a San Isidoro y eventualmente, la Biblia. Su afán mayor fue reunir «relaciones, cartas, textos administrativos y muchos testimonios» (p. 23) para ilustrar y documentar la historia andina; eventualmente recurre a mediadores, como su capitán Jorge Robledo, el cronista del Perú Polo de Ondegardo (fuente también del Inca Garcilaso). Con todo, como vengo señalando, «Cieza va describiendo el territorio que recorre, desde Panamá a Potosí, con observaciones muy personales y directas, y con la curiosidad de quien se sabe descubridor y explorador de una tierra sobre la que nadie ha escrito antes» (p. 25).

Los editores comparan la de Cieza con la *Historia general del Perú*, del Inca Garcilaso (capítulo 3. «Cieza y el Inca Garcilaso», pp. 27-32) en lo tocante a la división de la historia andina en cuatro períodos, desde los orígenes a la conquista: las behetrías, los incas, la conquista española y el período posterior a la sublevación de Gonzalo Pizarro y las reformas de Pedro de la Gasca. Señalan que dicha coincidencia pueda deberse a que ambos cronistas «partieran de una versión anterior, que hacía a los incas portadores de la civilización, y que quizá difundieron los propios incas para su enaltecimiento» (p. 28). Toda la etapa previa a los incas la

describe Cieza maculada por los habituales pecados nefandos: canibalismo, idolatría, sodomía, bestialismo, etc. Pero «al tratar de los incas aparece un tono de verdadera admiración» (p. 29), análoga a la de Garcilaso, incluso advierten en sus escritos y tradiciones una suerte de prefiguración del cristianismo; este incluso señala creencias monoteístas. Cieza, en cambio, no es tan benevolente y, para justificar la conquista y evangelización, se muestra menos comprensivo con determinadas prácticas legales, religiosas, mitológicas y morales. De no haber intervenido La Gasca, ambos cronistas «hubieran apoyado la legitimidad y el mandato de los reyes incas, en un orden cristiano y bajo el amparo de la corona española» (pp. 31-32).

La contrapartida es el siguiente capítulo (4. «Ideas sobre la conquista. Cieza, los dominicos y Bartolomé de las Casas. Fray Domingo de Santo Tomás», pp. 32-37), donde analizan su ideología y punto de vista sobre la conquista, en relación con los dominicos, que sin duda le influyeron, especialmente el segundo, que fundó un monasterio cerca del valle del Chimo (cap. LXVIII). No puede dejar de condenar los tres pecados nefandos arriba citados que –según él por culpa del demonio– se les atribuyeron desde el principio a los indios, pero tampoco deja de alabar la mansedumbre e inocencia con que les adornó Pedro Martir desde el principio y que les predispondrá «para recibir el cristianismo, dado que no ignoran que hay un Hacedor» (p. 33), como se explaya especialmente en el capítulo LXI. No deja de percibir, como Fernández de Oviedo o Ercilla, «el desajuste entre cristianismo y conquista, entre mito y realidad, y busca la restauración de la unidad fragmentada por la realidad y explotación de la conquista» (pp. 35-36), entendida como la recuperación de los auténticos valores cristianos, que se sustanció en algunos hechos milagrosos que relata al final de la crónica.

En el capítulo 5 («Degradación y actos diabólicos en la *Crónica del Perú*», pp. 37-41) señalan cómo en el capítulo II describe encomiásticamente la riqueza natural de la tierra americana, su clima benigno, el fértil suelo, la riqueza de sus minas; también los logros artificiales de sus moradores: la arquitectura civil y religiosa, como hicieron antes que él Cortés, Bernal Díaz o el Inca Garcilaso. A los conquistadores y frailes les corresponde extirpar las idolatrías y resaltar los resultados de la evan-

gelización, lo que no significa silenciar al maltrato que algunos españoles infligen. Esta denuncia supone, en contrapartida, una alabanza de las medidas correctoras de los virreyes y audiencias, que en el presente de la escritura (con la llegada de La Gasca al Perú) «se ha conseguido instaurar la paz, la justicia y una república de cristianos» (p. 38). El contrapunto es la narración (desde el cap. VIII) de la presencia e influencia del diablo, que va reapareciendo a lo largo del libro, transfigurándose, adoptando diversas apariencias, para «conseguir el alma de los indios» (p. 39) y conduciéndoles a una degradación moral insufrible, como la incitación a la «necropompa o enterramiento de mujeres y siervos vivo junto al difunto señor» (p. 41). También le atribuye la práctica de la idolatría y, en consecuencia, la necesidad del bautismo y la justificación de la misión apostólica, como leemos en el franciscano Motolinía. En justa contrapartida con el anterior, en el capítulo 6 («Conversión e indios virtuosos», pp. 41-43) abunda en las virtudes de los indios, trufadas con el relato de algún milagro que pruebe la intervención divina en la cristianización. Se extiende sobre el particular en los capítulos CXVII-CXIX, ya sea señalando la intervención de un fraile exorcista, ya por la intervención de la Virgen María y Santiago, ya porque «Dios, que también interviene en la naturaleza (cesan las lluvias y terremotos), ayuda en los hechos de la conquista» (p. 44). Estos y otros hechos ilustran el providencialismo que recorre toda la crónica y que, en su vertiente negativa, se concreta en el vituperio y castigo de los capitanes tiranos.

En el capítulo 7 («Intereses económicos, comerciales y urbanos», pp. 43-47) descienden a terrenos más pragmáticos, porque una y otra vez Cieza insiste en que la tierra debe sembrarse, en que se levanten ciudades y haya una actividad mercantil entre las colonias que se vayan creando. Es un concienzudo análisis económico sobre la tierra y las minas, cuya respectiva riqueza debe servir para ampliar el imperio y, con él, el progreso, la educación y la civilización. Reprocha, con todo, que la mayoría de manos se dediquen a la explotación de las minas, que escaseen las necesarias para el cultivo de la tierra y que se abandone la explotación de otras riquezas (por ejemplo, las salinas), que harían de América «el nuevo motor económico de Europa», a lo que también contribuiría que «se cultivaran determinados productos europeos en suelo americano.

Es decir, que los beneficios serían de ida y vuelta» (p. 45), como apunta en el capítulo CXIII. Lo mismo cabe decir del cultivo de la seda o la cerveza. Lejos, pues, de planteamientos utópicos, el pragmático y empírico llerenense «recopiló muchos datos basados en la observación de las nuevas tierras porque era consciente de la repercusión que todos estos nuevos acontecimientos tendrían en el comercio y riqueza de ambos continentes» (p. 46).

A partir del capítulo 8 («El estilo de la *Crónica del Perú*», pp. 47-49) se centran en los aspectos formales, retóricos y estilísticos. Subrayan el rechazo «de la retórica ampulosa», porque muchas veces era sinónimo de mentira o exageración, como señala en el «Proemio»; véase abajo. Pretende decir la verdad como garantía de autoridad moral; lo que no impide que intercale episódicamente la narración de algunos milagros, apariciones o intervenciones divinas o sobrenaturales. «A Cieza le mueve un interés divulgativo, científico en el sentido de objetivo y veraz, junto con la presencia relevante de la naturaleza, que lleva el peso de lo maravilloso, ligado este al orden cristiano del providencialismo» (p. 49). En el 9 («Consideraciones textuales», pp. 49-57) analizan la historia del texto y lo subdividen en cuatro apartados sobre aspectos ecdóticos y de transmisión textual: la descripción de la edición príncipe (1553), las de Ambores (1554) y otras ediciones. Señalan los criterios de edición y anotación (con la acertada opción de modernizar las grafías y puntuación, según las normas del griso), pero con la adaptación de Cieza de las formas de topónimos y antropónimos locales y «las variables adaptaciones de vocablos procedentes de lenguas del Nuevo Mundo españolizadas con variantes» (pp. 55-56) y anotación (pp. 55-57). Incluyen una exhaustiva y muy actualizada bibliografía (57-69) de fuentes primarias y secundarias.

Si nos centramos en el texto en sí, observamos que tanto en la dedicatoria a Felipe II como en el «Proemio» señala su condición de testigo de vista («he hecho y compilado esta historia de lo que yo vi y traté ... mucho de lo que escribí vi por mis ojos estando presente y anduve por muchas tierras y provincias por verlo mejor, y lo que no vi trabajé de me informar de personas de gran crédito, cristianos y indios» («Dedicatoria», pp. 78-79). En tanto que soldado, o sea, no cronista profesional, su defensa de la verdad y de la empresa evangelizadora, de la que da fe

su crónica, y de la ampliación del reino, porque «el demonio tenía estas gentes por la permisión de Dios opresas y cautivas, ... era justo que por el mundo se supiese en qué manera tanta multitud de gentes como de estos indios fue reducida al gremio de la santa madre Iglesia con trabajo de españoles ... y también porque en los tiempos que han de venir se conozca lo mucho que ampliaron la corona de real de Castilla» («Proemio», pp. 80-81). Como remate, insiste en la oposición entre la búsqueda de la verdad de un soldado como él, cuya «escriptura desnuda de retórica» (p. 86) se ajusta al *dictum* ciceroniano sobre la historia que acaba de citar, y la de los cronistas profesionales. Aunque las crónicas de aquellos, los soldados, no fueron redactadas «con la suavidad que da a las letras la ciencia ni con el ornato que requería, va a lo menos llena de verdades» (p. 86). O sea, la retórica de la llaneza, que también puede verse en Bernal Díaz y en tantos otros soldados cronistas.

La *Parte primera de la Crónica del Perú*, así, se centra en la descripción de las provincias del Perú, que en aquel entonces abarcaba los territorios situados desde la provincia de Quito, al norte, hasta la provincia de Charcas (actual Bolivia), al sur. Sin embargo, el autor empieza por describir los territorios situados más al norte, desde Panamá, hasta la provincia de Popayán y otras situadas en la actual Colombia. La obra adquiere así valor notable por su descripción de las regiones, los climas, los accidentes geográficos, la flora, la fauna, las ciudades, los grupos étnicos con sus costumbres y creencias, sus mitos y cultos, su actividad artística, sus trabajos y, su organización política. En muchos pasajes el tono es elogioso, especialmente de su gobierno y administración, de su método de conquista (más por amor y maña, que por fuerza), de su habilidad agrícola y minera, de sus caminos y edificaciones, o del fino acabado de sus objetos artísticos. Más que una obra histórica, es pues una obra de carácter geográfico y etnográfico, aunque matizada con referencias históricas. Se puede interpretar esta primera parte como la introducción a la obra verdaderamente histórica que el autor desarrolló en los siguientes volúmenes, sobre los incas, la conquista española y las guerras civiles entre los conquistadores. Es de destacar su propósito de contar los hechos sin utilizar eufemismos ni tratar de ocultarlos, por más escandaloso o pecaminoso que pudiera parecer a la visión cristiana occidental. Es así como

describe prácticas de canibalismo, incesto, sodomía, bestialismo e idolatría entre otras costumbres que algunos grupos humanos practicaban, especialmente los situados en la zona ecuatorial.

Si bien la obra en su conjunto se inicia con la historia incaica, a lo largo de ella también alude, con rigor historiográfico, a varias realizaciones preincaicas, recogiendo en algunos casos las leyendas que circulaban en torno a sus orígenes. Por ejemplo, el santuario de Pachacama, que «tenía muchas puertas, pintadas ellas y las paredes con figuras de animales fieros» (cap. LXXII, p. 374); las líneas de Lanasca, donde «había grandes edificios con muchos depósitos mandados hacer por los Ingas» (cap. LXXV, p. 387); o las construcciones monumentales de Tiahuanaco, donde pudo ver «dos ídolos de piedra del talle y figura humana, muy primamente hechos y formadas las faiciones ... para mí tengo esta antigua por la más antigua de todo el Perú; y así, se tienen que antes que los Ingas reinasen, ... porque yo he oído afirmar a indios que los Ingas hicieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla o pared que se ve en este pueblo. Y aun dicen más: que los primeros Ingas praticaron de hacer su corte y asiento della en este Tiahanaco» (cap. CV, pp. 478-479). Por este afán de señalar los sucesivas etapas se le ha llamado el primer arqueólogo del Perú.

Muchos son, por otra parte, los fragmentos emotivos, complementarios de las descripciones encomiásticas, donde combina la admiración con la ternura commiserativa, rayana con el providencialismo: «Los ríos que abajan esta tierra o cordillera hacia el poniente se tiene que en ellos hay mucha cantidad de oro. Todo lo más del tiempo del año llueve; los árboles siempre están destilando agua de lo que ha llovido. No hay hierba para los caballos, si no son palmas cortas ... Yo me he visto en tanta necesidad y tan fatigado del hambre, que los he comido. Y como siempre llueve y los españoles y más caminantes van mojados, ciertamente si les faltase lumbre creo morirían todos los más. El dador de los bienes, que es Cristo, nuestro Dios y Señor, en todas partes muestra su poder y tiene por bien de nos hacer mercedes y darnos remedio para todos nuestros trabajos» (x, «De la grandeza de las montañas de Abibe, y de la admirable y provechosa madera que en ella se cría», p. 143). El gobernalle, no obstante, siempre es la justificación de la evangelización:

contra la sodomía, canibalismo, idolatría o falsas profecías: «Sus sacerdotes tenían cuidado de los templos y del servicio de los simulacros que representaban la figura de sus falsos dioses ... Y el demonio, con espatable figura, se dejaba ver de los que estaban establecidos para aquel maldito oficio ... Entre ellos, uno daba las respuestas y les hacía entender lo que no pasaba, y aun muchas veces, por no perder el crédito y carecer de su honor, hacía apariencias con grandes meneos, para que creyesen que el demonio comunicaba las cosas arduas y lo que había de suceder en lo futuro, en que pocas veces acertaba, aunque hablase por boca del mismo diablo» (XLVIII, «Como estos indios fueron conquistados por Guaynacapa, y de cómo hablaban con el demonio y sacrificaban y enterraban con los señores mujeres vivas», pp. 294-295).

Los ciento veintiún capítulos, desde el I («En que se trata el descubrimiento de las Indias, y de algunas cosas que en el principio de su descubrimiento se hicieron, y de las que ahora son»), hasta el CXXI («De los monesterios que se han fundado en el Perú desde el tiempo que se descubrió hasta el año de mil y quinientos y cincuenta años») en que se extiende la crónica (pp. 71-529) están muy bien transcritos, explicados, contrastados, y documentados a lo largo de ochocientas notas que aclaran americanismos, explican contenidos, definen géneros, dilucidan conceptos, documentan *realia*, aclaran referentes históricos e historícoliterarios, aclaran y ejemplifican pasajes oscuros; cotejan eventualmente, además, el texto con paralelos de otras crónicas análogas, que sirven para precisar mejor el sentido. Sirva el siguiente ejemplo de anotación: en Antioquia «había muchos árboles que llamamos aguacates, y muchas guabas y guayabas, muy olorosas piñas» (pp. 145-146); anotan al pie los editores (nota 163) la dificultad de identificar la *guaba*: aportan paralelos del propio Cieza y señalan que debe de ser el «*arazá* o *guaba*, arbusto mirtáceo (*Eugenia stipitata*), que produce bayas comestibles» y traen paralelos de Pedro Pizarro y Clavijero, precisando que «en el Perú es el *pacay* o *pacae*» (*Inga feuilleei*); lo completan con Fernández de Oviedo, que también lo describe, y citan el texto correspondiente de su *Historia general*; no se olvidan del otra gran cronista: el jesuita Acosta, «que no aporta descripción» en su *Historia natural*; rematan con una varias fuentes secundarias, muy actualizadas.

Se cierra, en fin, este hermoso volumen con un apéndice que contiene un utilísimo índice (pp. 531-541) que en su día incluyó Juan Lacio en la edición de Amberes y que elenca topónimos, antropónimos, edificios, motivos, costumbres y supersticiones, *realia*, mitos, celebraciones y conmemoraciones, aspectos religiosos y etnográficos, hechos históricos y descripciones geográficas, análisis económicos y comerciales, entre otras muchas cosas «notables del Perú». Por fin una edición digna del gran cronista Cieza. Bienvenida sea.